

REFORMAS LITURGICAS

Manuel Ruiz Jurado, S. I.

AL leer el recuadro que tomamos de "Incunable" (1) punza el deseo de ambientar esas advertencias moderadoras de COPPENS. ¿A quién van dirigidos esos frenos?

Tan prudentes reflexiones han sido despertadas por el libro de ALOIS STENZEL "Die Taufe. Eine genetische Erklärung der Taufliturgie" ("El bautismo. Una explicación genética de la liturgia bautismal") publicado en Innsbruck en 1958. STENZEL viene a ser uno de los portavoces del movimiento liturgista encabezado por los conocidos investigadores JUNGSMANN y KARL RAHNER.

Coppens trasciende con su intención al erudito autor de la escuela de Jungmann y divisa "los esfuerzos generosos de los que quieren conferir a la piedad colectiva, comunitaria, litúrgica, un máximo de eficacia". Coppens aplaude su intención y la dirección de su trabajo; pero orienta más bien todas sus líneas a precaver a los liturgistas de varias ilusiones dañosas.

Agrada ver que "Incunable", periódico sacerdotal, mantenga informados a sus lectores de las incidencias de un movimiento tan considerable hoy en la Iglesia como el litúrgico (2). En nuestro caso, a la finalidad informativa parece evidente que se ha enlazado la orientadora y doctrinal. El daño mayor que se aconseja evitar es el de hacer creer a los

fieles con una actitud de "reformitis" aguda, que nada hay definitivo en la fe, en las costumbres, o en el culto.

No se puede negar la gravedad del daño que se trata de prevenir. Mis líneas no van a criticar tan autorizadas advertencias. Serán más bien como un pequeño comentario en amistoso diálogo. Me figuro que "Incunable" tampoco suscribiría como de igual valor y oportunidad todas las afirmaciones de Coppens ahí incluídas, al tratarse de lectores españoles.

Parece que se podrá admitir en algún grado esa "experience constituan-



(1) Incunable, nn. 123-124, agosto-septiembre 1959.

(2) Incunable, n. 126, está dedicado a temas litúrgicos.

NOTAS PARA EL DIALOGO

te" de que habló Dumery (3); pero sin olvidar que el aspecto humano de la Iglesia está sujeto a cambios, a deficiencias, y por lo mismo a reformas y adaptaciones más o menos notables. Quizás esas reformas —dentro de la indispensable unión con la Jerarquía— acompañadas de una instrucción pastoral inteligente, puedan servir precisamente para purificar y ahondar entre los fieles el auténtico concepto de la Iglesia sociedad sobrenatural que no está ligada a época, nación, ni política. ¿No ayudará todo esto a dar la mayor importancia a lo verdaderamente esencial e in-

(3) No estará de más advertir que la Santa Sede ha puesto últimamente en el Índice varias obras de este autor. 4 y 17 de junio 1958.

mutable, que a veces queda confundido para el pueblo en un montón de mixtificaciones humanas o de clase, y a evitar fariseísmos?

Pío XII señalaba en septiembre de 1956 con su proverbial clarividencia y exactitud: "Hay en la liturgia elementos inmutables, un *contenido sagrado* que trasciende los tiempos, pero también *elementos variables, transitorios*, y a veces hasta defectuosos" (4). "La actitud actual de los mejores liturgistas, continuó el Papa, nos parece en general del todo justa: investigan, estudian seriamente, se aficianan a lo que realmente vale, sin caer, por otra parte,

(4) El subrayado del texto lo he añadido para hacer resaltar los dos aspectos.

REFORMAS LITURGICAS

"Leyendo las páginas en que el autor formula sus deseos, se da una cuenta de las dificultades que todo proyecto de reforma debe encontrar. No todos los pastores de almas o todos los teólogos darán el mismo juicio acerca de las ceremonias que han de añadirse o suprimirse. Queda en pie además la gran verdad de que algunas adaptaciones se han de imponer en el sentido y en la medida, que Roma abra más ampliamente la puerta a las lenguas vulgares. Un arcaísmo no choca tanto en latín, mientras que hiere profundamente la sensibilidad de las lenguas y de la mentalidad modernas.

Pero ¡cuánta prudencia es necesario desear a aquellos que manejan los viejos textos para reformarlos! La historia de los rituales, protestantes o reformados, está ahí, para ponernos en guardia. Que se evite el caer en el "Panta rei" y de hacer creer a los fieles, por recursos demasiado frecuentes a una "reformatis aguda", que nada es definitivo en la fe, en las costumbres o en el culto. Sobre todo, que no se olvide que ha habido en la Iglesia aquello que Dumery ha llamado muy justamente una fase "de experiencia constituyente", que tiene el derecho de imponerse como normativa, y de rechazar el "pruritus innovandi", del que tantos liturgistas han sido bruscamente contagiados. En una palabra: si se pueden aplaudir los esfuerzos generosos de los que quieren conferir a la piedad colectiva, comunitaria, litúrgica, un máximo de eficacia, guardémonos de ilusiones dañosas. La verdadera piedad es un negocio de contacto personal con Dios. Se realiza en espíritu, es delicada. Se desarrolla en las almas que saben volverse hacia Dios "clauso cubiculo". Por favor, desconfiemos de los extremos. No olvidemos que los textos más antiguos pueden alimentarnos a condición de entregarnos a uno de esos preciosos ejercicios —la "trituratio verborum"— que San Ignacio recomendaba a sus ejercitantes".

J. COPPENS. "Ephemerides Theologicae Lovenienses", 1959, 285.

en el exceso". ¿No significará nada la coincidencia de que hacía pocos años acababa de publicarse "El Sacrificio de la Misa" de J. A. JUNGSMANN S. I.?

Con todo, queda en pie y digno de tenerse en cuenta el valor prudencial de las precauciones aconsejadas por Coppens. No cabe duda que se podrían reconocer ciertas "superestructuras" —normas, costumbres— en la Iglesia, ligadas bien a la naturaleza de algún sacramento o a la verdad de algún dogma que no se deben tocar alegre y ligeramente. También Pío XII hizo alusión a las desviaciones: "Acá y allá aparecen ideas y tendencias extraviadas, resistencias, entusiasmos y condenaciones".

Pero yo desearía evitar que se alimente entre nosotros la dejadez, la ignorancia, o un conservadurismo a ultranza, que cierran a los fieles el acceso más fácil y más fructuoso a las riquezas que Dios y la Iglesia desean que les sirvan de sólido alimento. En último término, es a la Santa Sede a quien compete la decisión en las realizaciones prácticas de reforma litúrgica, según la presente legislación (CC. 253 y 1257). A los Obispos y pastores corresponde interesarse, vigilar, manifestar deseos nacidos de la experiencia o de la ciencia. Todo para conseguir la meta pretendida de una participación activa del pueblo y un mayor aprovechamiento de los inagotables tesoros litúrgicos.

¡Qué interesante y sugestiva para desarrollos más amplios la última anotación de Coppens!: "La verdadera piedad es un negocio de contacto personal con Dios. Se realiza en espíritu, es delicada". Yo no voy a negar el valor objetivo de la piedad comunitaria y de

los actos litúrgicos. Hay que reconocerlo y subrayarlo bien. Pero no se olvide el peligro del mero ceremonial decorativo, espectáculo agradable y distraído como cualquier otro espectáculo humano. Para evitarlo deberíamos insistir —con mayúscula— siempre en la disposición personal de cada cristiano. La principal participación activa del cristiano ante el altar debe ser su interna transformación para hacerse en alguna manera víctima agradable al Padre (5). Ahí van encaminados todos los elementos de la liturgia: a hacer de nuestra alma una imagen viva de Cristo Redentor a través del misterio de la Cruz (6). Es claro que la apropiación personal de todo ese contenido teológico-litúrgico requiere del cristiano un esfuerzo continuo y sincero extralitúrgico. Interés, lectura o predicación, reflexión personal; sencillamente, trato solitario con Dios en la oración mental. ¡Qué diferentemente vivirá su misa y todos los actos litúrgicos comunitarios el que regusta con frecuencia en su soledad los textos sagrados y el sentido de la ceremonia exterior!

¿No podríamos afirmar que de esa "fuente primera e indispensable del espíritu cristiano" sacará cada uno según la capacidad de su ánfora? Yo me acuerdo aquí del aviso de S. Pablo: "Pruébese el hombre a sí mismo, y así coma del Pan y beba del Cáliz" (7).

(5) Cfr. Encíclica «Mediator Dei» AAS 39 (1947) sobre todo p. 555-8.

(6) Cfr. Encíclica «Mediator Dei» AAS 39 (1947) p. 559 y C. V. TRUHLAR «Structura theologica vitae spiritualis» pp. 165-7.

(7) I Cor. II, 28.

